nada manchado. ¿Qué juicio tan desfavorable no merece el señor que dejara presentarse sus criados con sucios ó rotos vestidos? ¿Y qué decir de los que se complacen en el desorden, en hablar ó vestir como groseros?

La exageración en opuesto sentido indica también ridiculez y miserable corazón. ¡Qué indignidad ver al alma, espiritual hermana de los ángeles, ocupada con todas sus potencias en arreglar el cabello, colocar la corbata y calcular el nudo y el color! La señora se ha convertido en esclava, y pronto se rebajará á no saber servir sinó á los vicios vergonzosos: ahí la llevará el indigno predominio de los sentidos.

Insistiendo Santo Tomás en la modestia del vestir se expresa de esta manera: «Es vergonzoso que el hombre, dotado del don del entendimiento mendigue la belleza de cosas viles como son el vestido y el adorno. ¿Por ventura no es ya bastante vergüenza necesitar del vestido, pues esta necesidad es efecto del pecado?» Y trae el testimonio de San Bernardo que dice: Hacer consistir la gloria en el adorno del vestido es imitar al ladrón que se gloría de la marca que le ha impreso el hierro candente.

Por último el respeto que debemos á los otros y de manera más especial á personas recomendables por su edad, su autoridad, sus buenas cualidades, nos prescribe miramientos que deberán manifestarse por atenciones, pruebas de deferencia, y, cuando la ocasión lo exige, por saber sacrificar nuestras comodidades, nuestras preferencias, nuestros gustos personales: así lo piden con frecuencia los deberes más elementales de la caridad y, á veces, los de la justicia. Buscar en público la comodidad con libertad impertinente, proferir palabras bajas, frases mortificadoras, levantar la voz, no importarle á uno nada molestar á los demás con tal que resulte algún placer ó el orgullo quede satisfecho, faltas son contra la buena urbanidad, contra la razón y contra las enseñanzas del Evangelio: *Lo que no quieras para tí, no lo quieras para otro. Lo que hiciereis al último de vuestros prójimos á mí lo hacéis.*

CAPÍTULO X

Influencia mutua de los medios de educación

La sin igual trascendencia de los medios de que se sirve la educación para hacer al hombre, al cristiano, completarle y disponerle para que pueda ser una notabilidad, una eminencia, si Dios le ha dado dones para ello, muestra la conveniencia de recordar algo de lo dicho, poner más en claro la relación y mutua influencia de unos sobre otros y llamar más vivamente la atención del educador sobre su admirable concordia, necesaria simultaneidad, harmonía bella y poderosa.

Además de la influencia especial, directa con que cada uno de los medios contribuye á la educación, tiene también cada uno influencia general sobre los otros y por consiguiente sobre toda la educación, y así deberán unos medios fortificar á los otros, prestarse concurso mútuo y concurrir todos simultáneamente al fin común que es la formación completa del hombre.

Si el hombre es uno con diversas facultades, una, simple, constante debe ser su educación; y aunque varíen los medios al desarrollar las facultades, su unión debe ser indisoluble, como lo es la unidad fundamental de las mismas facultades.

La fuerza y poderío, majestad y riqueza del hombre hállanse radicalmente en los diversos atributos de que se siente dotado: si un atributo ó facultad se resiente, por necesidad deben resentirse los otros, y no impunemente se deja abandonado en la educación uno, cualquiera, de los dones de Dios. Si los que han perdido la vista, poco á poco van perfeccionando el tacto y el oido, no sucede así con las facultades intelectuales y morales. La inteligencia no gana nada con que se debilite el carácter ó el corazón se

endurezca: la ruina, abandono, sacrificio y hasta excesivo desarrollo de una facultad lleva consigo la ruina de las demás: los hombres de experiencia saben también como la perfección y mejoramiento de una facultad sirve para mejorar y perfeccionar las otras: ¡cuántas veces, mejorado el corazón, se mejora el entendimiento; inspirada la piedad, se perfecciona el corazón, é ilustrada la conciencia, se fortifica el carácter!

Aislar los medios de educación, no hacerlos converger simultáneamente á un solo fin, el perfeccionamiento del hombre, del cristiano, es inhabilitarse para sacar de cada uno de dichos medios la fuerza y eficacia que servirían admirablemente aún para objeto limitado.

¿Quién desconoce, por ejemplo, la influencia que ejerce la disciplina sobre la instrucción? La disciplina hace que el estudio sea fuerte y atento, que el entendimiento no se disipe, que se madure la reflexión y que no decaiga su vigor.

Si la razón ama el orden, si la atención necesita del silencio, si el pensamiento gana con que la palabra no lo excite á cada momento; si la prontitud, actividad y vigoroso ejercicio de las facultades no se alcanzan sinó empleando bien el tiempo ¿á quién se deben todas esas cosas sinó á la disciplina? Sin la disciplina, aunque llegue la instrucción á desarrollar el entendimiento, no será vigoroso por falta de atención, por inconstancia de la voluntad y porque la ociosidad lo tendrá con frecuencia sumergido en los desórdenes de las pasiones.

Ninguno de los otros medios de educación es extraño á la disciplina: ella pone en práctica las prescripciones del reglamento religioso, del literario, del higiénico, del plan y usos adoptados y reconocidos más á propósito para la educación. Más aún, la disciplina previene con la vigilancia todo atentado y sabe subsanar con el rigor prudentemente calculado cualquiera infracción.

Orden, pues, ó disciplina para formar la juventud en la piedad, en la virtud, en la ciencia: orden ó disciplina para que hasta las cosas materiales, como la salud, el empleo

del tiempo, sirvan más ventajosamente al fin espiritual de la educación: la disciplina sirve para todo: ella hace florecer las clases, las conserva y, en caso de necesidad, las regenera: la disciplina prepara, garantiza y proteje todo el bien de la educación; prevee el mal posible, lo previene con la vigilancia y lo castiga con ejemplos y penas que mejoran al culpable.

¿Qué no deben la disciplina y la instrucción á la religión? Influencia profunda ejercen la religión y la virtud sobre la educación intelectual: un corazón puro hace puro también el entendimiento, más sensible á las impresiones de lo bello, más dócil á las enseñanzas de lo verdadero, y le hace gustar más vivamente el dulce y noble placer de escuchar la razón.

Bajo la influencia de la religión penetra la verdad en el entendimiento, no como árida teoría de pasiva adhesión, sinó como cosa viva, sustancial, que lo fecunda, lo eleva y por él llega á vivificar completamente el alma. Apoyado el entendimiento por medio de la religión en los principios de la fe no se expone á estrellarse en las incertidumbres humanas, antes bien remontando su vuelo á la luz de Dios ve más alto y más lejos que los mayores sabios.

Sin la religión queda reducida la instrucción á vano cebo de la curiosidad y del orgullo, no es posible amar profundamente la verdad; los más grandes pensamientos se extravían con facilidad; la verdad misma fría é inanimada se detiene en el entendimiento, sin abrirse paso hasta el corazón. La instrucción sin religión hace que muchos entendimientos ávidos de saber se hallen en un estado de exaltación que perjudica gravemente al carácter y á la conciencia, que otros queden inertes y estériles, cuando el grito de la conciencia ó las tiernas inspiraciones de la religión los hubiera devuelto al movimiento y á la vida. La instrucción sin religión queda reducida en entendimientos vulgares á nada ó casi nada, á un depósito confiado á la guarda inactiva de la memoria, á una serie de conocimientos, nomenclatura árida, indigesto montón de ciencia sin luz, de hechos sin conexión y sin vida.

Si la instrucciòn enoblece la disciplina elevándola á la dignidad de guardadora de la inteligencia, la religión hace de ella una verdadera potencia moral en la educación.

Por medio de la religión no sólo es la disciplina los ojos del maestro y la garantía de la obediencia material, es más, es el ojo de Dios y la inspiración de la noble docilidad.

Sólo bajo la influencia de la religión llega á ser la disciplina protectora de las costumbres, la conservadora de la inocencia, prenda de grandes estudios, inspiradora del buen espíritu, guardadora del respeto, señora, dispensadora y tesorera del tiempo, nervio del reglamento y poderoso resorte de toda educación.

Quitad la religión y la disciplina queda rebajada á no ser más que policía, orden de cuartel que envilece á los que la sufren y más todavía á los que la imponen; por rigurosa que sea, no llegará jamás al alma, á la conciencia, á mejorar las costumbres, á reformar las pasiones, á hacerse respetar.

La disciplina meramente exterior no sirve para la educación, donde, ante todo, hay que dirigirse al alma, á la voluntad, al corazón, á la conciencia. Una disciplina despótica, admirada á veces por quienes sólo se fijan en la superficie de las cosas no tiene que ver nada con la noble disciplina de las almas que sola forma la verdadera educación.

No basta para la educación que se obedezca, requiérese de todo punto que se ame el obedecer y solamente la religión hace amar la obediencia.

Sin género de duda es cosa fácil ejercer la disciplina militar, la disciplina á mano armada; menos dificultad hay en mandar al cuerpo que en mandar al alma: con la fuerza se hace del exterior lo que se quiere, aunque resista el alma y se embrutezca con su obediencia servil: no es esta la disciplina según el espíritu del *Apostolado,* de la que se ha dicho que es el arte de las artes: *Ars artium regimen animarum.*

BIBLIOTECA CENTRAL

El orden material tiene grandísima importancia, por ahí se empieza; mas la disciplina educativa debe atender, como fin, el alma, al orden moral y ser su reflejo exterior.

En las *Cartas sobre la educación* se dice «que una disciplina rigurosa puede ocultar los vicios más vergonzosos:» así tiene que ser cuando se descuida la virtud, el corazón, la conciencia y sólo se atiende á que la anarquía, el desorden no aparezcan al exterior, aunque se hallen en el fondo de las almas.

Las Santas Escrituras han hecho el más bello elogio y la definición más perfecta de la disciplina, cuando la han llamado «la guardadora de las leyes»: *Disciplina custodia legum:* esta sublime y augusta misión se cumple enseñando á respetar la ley y el principio de autoridad que viene de Dios, é inspirando su amor: de este modo aprende la juventud á someterse con dignidad y nobleza á los santos principios que rigen la sociedad después de haberlo hecho en la pequeña sociedad de una escuela ó casa de buena educación.

Mas si nada puede igualar á la influencia de la religión sobre la disciplina y la instrucción, sobre el estudio y desarrollo del entendimiento, sobre el carácter y defectos de los niños y sobre el porvenir de toda su vida, la religión, á su vez, reclama el concurso de los otros dos grandes medios de educación.

Sin disciplina y sin instrucción la religión no formaría hombres dignos de ella: la religión ama la luz, la ilustración, los caracteres firmes y rectos: una mente imbécil, un carácter rastrero ó afeminado sólo sirven para deshonrar la religión,

La disciplina que cuida del silencio, del recogimiento, dispone para las enseñanzas de la religión y para las impresiones de la gracia.

Una buena educación disciplinaria evita ó corrige los extravíos de la voluntad, siempre en peligro de dejarse arrastrar por las pasiones ó por la ligereza de la edad; manda sin envilecer, somete sin abatir; impide que las fa-

cultades se pierdan ó debiliten en las disipaciones y protege, á la vez, la piedad, el estudio y las costumbres.

La instrucción presta también á la religión su valioso concurso.

Si la gloria de la instrucción y de la educación intelectual consiste en abrir y desarrollar el entendimiento del niño, darle ideas sanas, formar y desenvolver la penetración, el buen sentido, la aplicación, enriquecer la memoria, formar la palabra, la razón, hacer fecunda la imaginación, dar el buen gusto, ejercitar el juicio, la religión encuentra un gran recurso en entendimientos así preparados, para comunicarles sus grandes y altísimas verdades.

El cultivo conveniente del entendimiento da delicadeza al corazón, generosidad al alma, elevación á la razón: lo bello y verdadero de las formas literarias ayudan á recibir con entusiasmo los esplendores de la infinita verdad y belleza que por doquiera hace aparecer la religión.

La educación física que se ocupa en desarrollar los miembros y la fuerza del cuerpo del niño, en hacer que una sangre generosa circule siempre por sus venas, que la llama divina que brilla en sus miradas no se amortigüe ni se extinga jamás, y que no desaparezca bajo tristes sombras el encantador colorido que embellece la frente de la infancia virtuosa, ayuda admirablemente á la instrucción, á la disciplina, á la misma religión.

La salud, primer bien del cuerpo: *Census supra censum salus corporis,* dice la Escritura, es un elemento precioso para los buenos estudios y para los ejercicios de piedad. A su vez, la instrucción, el trabajo, la disciplina, el orden y, sobre todo, la religión, al conservar las costumbres, conservan también las fuerzas y la salud. Si se ha dicho que la religión es el aroma que impide á la ciencia corromperse, puede también decirse que la virtud es el divino bálsamo que conserva la vida y el fresco colorido de los niños; más la viriud sólo se conserva por medio de la disciplina moral y religiosa.

La educación física da el conveniente descanso á la

educación intelectual, haciendo suceder el recreo al trabajo; mas la prudente y firme disciplina modera el uno y el otro sin austeridad ni afectación, mezclando las ocupaciones graves con los descansos y juegos.

La religión que en todas las cosas es el punto de vista superior preside á todo, á la instrucción, al orden, á la higiene, á la economía, á la urbanidad, á las afectuosas relaciones entre maestros y discípulos: ella es la principalmente interesada en que los entendimientos de los niños se llenen de la verdad que es la luz de Dios, los corazones del amor á la belleza que es el resplandor de lo verdadero, la vida, de la práctica del bien; y hace que la juventud encuentre en las impresiones y recuerdos de su educación la felicidad, la verdad y la virtud; y como consecuencia de todo esto, la mayor dignificación de su ser y la mejor preparación para ser felices no sólo en este mundo, sinó más y principalmente en la gloriosa eternidad.

BIBLIOTECA NACIONAL